



([EMMANUEL BUCH](#) , 07/05/2013)

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.
(Miguel Hernández)*

León Felipe, ya anciano, tituló “Perdón” [\[1\]](#) a uno de sus últimos poemas:

*Soy ya tan viejo,
y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido
y ya no puedo encontrarla
para pedirle perdón.*

*Ya no puedo hacer otra cosa
que arrodillarme ante el primer mendigo
y besarle la mano.
Yo no he sido bueno ...
quisiera haber sido mejor.
Estoy hecho de un barro
que no está bien cocido todavía.
¡Tenía que pedir perdón a tanta gente! ...
Pero todos se han muerto.
¿A quién le pido perdón ya?
(....)*

Yo también tengo que pedirle perdón a mucha gente pero tengo que darle las gracias a muchos más a quienes debo todo lo bueno que pueda haber en mí, que lo hay porque la huella de esas buenas gentes en mis entrañas ha sido más fecunda que la dureza de mi corazón. Debo darles las gracias, debo hacerlo antes que sea tarde para ellos o para mí. Y necesito comenzar hoy, sin más dilación, con urgencia, para dar las gracias a mi hermano Jesús Millán, compañero del alma, compañero, por casi cuarenta años.

Le conocí, me cautivó, cuando apenas contaba yo quince años y él unos pocos más. Fui bendecido muy pronto con su amistad, su pedagogía para la vida, nutrida en su fe cristiana que le impregnaba por completo. Su afecto ha caldeado mi alma aún en la distancia física, a la sombra de una amistad que me ha cobijado año tras año hasta hoy, cuando descubro que sin yo saberlo ni pretenderlo él ha jugado en mi vida el papel de un amante hermano mayor. No es hermano “mío” porque su tierno afecto tiene impulso de universalidad y nadie como él ha cumplido el anhelo que Roberto Carlos cantaba, de tener “un millón de amigos y así más fuerte poder cantar” pero, en lo que a mí concierne, ha bendecido y bendice mi vida mucho más de lo que podría describir.

Paseé mi adolescencia y primera juventud junto a él por las callejuelas del viejo barrio del Carmen valenciano, saboreando menús de arroz al horno y huevos fritos más bebida y pan por ochenta pesetas, saboreando también los tiempos de silencio, uno junto al otro, sentados en algún banco a la sombra de las Torres de Serranos, o sufriendo insomne alguna noche en su piso, junto a la vía del “trenet”, que tenía la orden silbar debajo de mi ventana. “Temps era temps”: tiempo de aquellas cintas de cassette que me grababa, con su propia voz intercalada en la música de “La muerte tenía un precio”; tiempo de Serrat, Al Tall, con el alma llena de banderas en la voz de Víctor Jara; tiempo de aquellos jóvenes de la Iglesia Evangélica del Cabañal, desbordantes de entusiasmo, ingenuidad y pasión por causas eternas; tiempo de encuentros los miércoles por la noche en casa de Ana Smith para descubrir un Evangelio vivo, cálido, restaurador. Tiempo que aún me trae el aroma del azahar, o el bullicio de las noches de verano junto al mar, convocados por el “sopar de sobaquillo”. Es hermoso dejarse acariciar por la memoria cálida de los recuerdos, que son un legado de valor incalculable que nos van dejando los años, como las olas entregan objetos llegados de todas partes, mientras se desvanecen suavemente en la orilla.

Le debo algunas de las verdades para la vida que arraigaron a tiempo en mi alma adolescente y me han librado en buena medida de males mayores de los que me ha causado mi necesidad. De él aprendí a desvelar la mentira que esconde el amor al dinero, el ansia de éxito, la competencia con nadie que no sea yo mismo; me enseñó el valor de la gozosa conformidad —que no conformismo—, la belleza sublime que esconde lo sencillo o la eternidad que cabe en

un instante, tal como advertía Antonio Machado, su admirado compatriota por exilio.

Me enseñó el significado de la amistad; me descubrió la amistad, sin adjetivos ni estruendos pero desmedida en su verdad. “Amigo: alguien que camina junto a otro y se identifica con él”, me escribió en una carta de Enero de 1979. Ajeno a barroquismos líricos o intelectualismos huecos –alma castellana al fin y al cabo- prefería difuminar su profundidad con tonos sencillos, menores; así nació su personaje literario más hermoso: Pedrusquito, que aparecía regularmente en “Piedras Vivas”, aquel heroico boletín ciclostilado que elaboraba con Vicky, la mujer de su vida, mi querida amiga de sonrisa verdadera y generosa. Dedicado a E.B.C. escribió en 1986 un breve cuento en el que Pedrusquito ideaba un pacto para mantener siempre el afecto con un amigo:

Yo puedo cambiar, olvidarme de ti, a veces soy como un globo que empieza a hincharse y sin darse cuenta se sube a las nubes, incluso por encima de ellas. Pero el pacto será este pequeño hilo, que simbolizará nuestra amistad. Cuando me veas lejos, por las nubes, dame pequeños tirones y yo recordaré que eres tú y entonces recordaré nuestro pacto de amigos. Pero por favor, no me des tirones bruscos, porque este hilo es muy fino, casi invisible y se puede romper con facilidad, y eso sería terrible. Recuerda muy bien, cuando sin querer me haya ido y pienses que ya no te recuerdo, que estoy muy alto, lejos de tu alcance. Entonces, por favor, bájame lentamente, porque quiero estar siempre cerca, aún a pesar de la distancia, por encima del silencio o del ruido. Y soñaré que puedo sentarme a tu lado junto a ti, y podré mirar tus ojos, y escuchar palabras como las que dicen los amigos.

(....) Dando un pequeño tirón tendría a Pedrusquito cerca, ese hilo casi invisible para los demás sería para nosotros el símbolo de un “pacto de amigos”.

Ahora mi hermano llora el desgarró más devastador que el corazón de un padre puede sufrir. Con él sufre Vicky, con la intensidad propia de una madre separada de su hijo. ¿Qué decir contra el horror de estos momentos? Recuerdo un texto que incluyó en PIEDRAS VIVAS, en 1982, ajenos todos al estremecimiento de hoy:

ASÍ ES LA MUERTE. Estoy a la orilla del mar. Una nave iza sus velas blancas en la brisa matutina y navega hacia el océano. La miro hasta que se desvanece en el horizonte y a mi lado alguien se apresura a comentar: “Ha desaparecido”. ¿Desaparecido? ¿Dónde? La pérdida de vista está en mí, no en ella. En el momento en que alguien menciona su “desaparición”, hay otros que la ven arribar y entonces el siempre alegre grito: “¡Allá viene!” Así es la muerte.

Amigo mío, hermano mayor, busca en algún rincón de tu alma hoy herida aquel pequeño hilo casi invisible que compartimos un día. Tira de él, mi corazón está al otro lado, abierto para ti, compañero del alma, compañero.

Turís – Madrid, Mayo 2.013

[1] León Felipe: *Poesías completas*. Madrid: Visor Libros, 2010. Pg. 894.

Autor: [Emmanuel Buch Camí](#)

© 2013. Este artículo fue publicado originalmente en [el Blog del autor](#), y se reproduce en este espacio con permiso expreso del mismo.

{loadposition buch}